LIBERTAD

1809
Chuquisaca

El grito

de América estalla en Chuquisaca. Mientras hierve España, alzada contra los invasores franceses, América se subleva. Los criollos desconocen el trono que José Bonaparte, hermano de Napoleón, ocupa en Madrid. Chuquisaca es la primera. La rebelión de la Salamanca americana anuncia que España perderá el señorío de las Indias.



Chuquisaca, que se llamó La Plata y Charcas y se llamará Sucre, yace al pie de dos cerros amantes. De sus patios y jardines fluye un aroma de azahares; y por sus calles circulan más hidalgos que villanos. Nada abunda tanto como las togas y las tonsuras: muy de Chuquisaca son los doctores, tiesos como sus bastones de dorada empuñadura, y los frailes que andan rociando casas con el hisopo.

Aquí el mundo parecía inmutable y a salvo. Asombrosamente, el ronco grito de la libertad ha brotado de esta boca acostumbrada al latín en tono de falsete. En seguida le hacen eco La Paz y Quito y Buenos Aires. Al norte, en México...



1810
Atotonilco

La Virgen de Guadalupe contra la Virgen de los Remedios

Abriéndose paso entre cortinas de polvo, la multitud atraviesa el pueblo de Atotonilco.

–*¡Viva la América y muera el mal gobierno!*

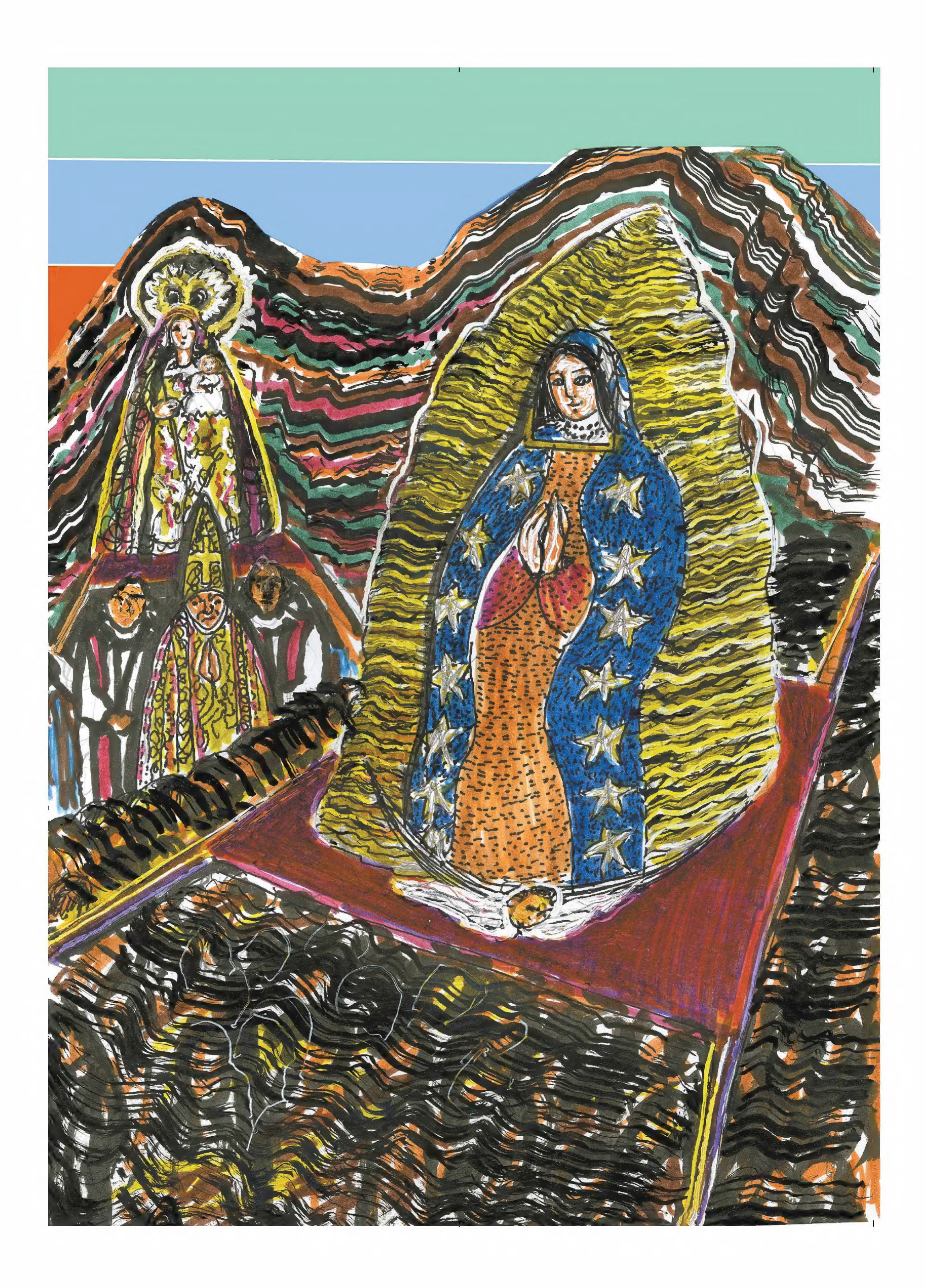
El padre Miguel Hidalgo arranca de la iglesia la imagen de la Virgen de Guadalupe y ata el lienzo a la lanza. El estandarte fulgura sobre el gentío.

–*¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!*

Fervor de la revolución, pasión de la religión; la campana ha repicado en la iglesia de Dolores, el cura Hidalgo llama a pelear y la Virgen mexicana de Guadalupe declara la guerra a la Virgen española de los Remedios. La Virgen india desafía a la Virgen blanca; la que eligió a un indio pobre en la colina de Tepeyac marcha contra la que salvó a Hernán Cortés en la huida de Tenochtitlán. Nuestra Señora de los Remedios será vestida de generala y el pelotón de fusilamiento acribillará el estandarte de la Guadalupe por orden del virrey.

Madre, reina y diosa de los mexicanos, la Virgen de Guadalupe se llamaba Tonantzin, entre los aztecas, antes de que el arcángel Gabriel pintara su imagen en el santuario del Tepeyac. Año tras año acude el pueblo a Tepeyac, en procesión, *Ave Virgen y preñada, Ave doncella parida,* sube de rodillas hasta la roca donde ella apareció y la grieta donde brotaron las rosas, *Ave de Dios poseída, Ave de Dios más amada,* bebe agua de sus fuentes, *Ave que a Dios haces nido,* y suplica amor y milagros, protección, consuelo, *Ave María, Ave Ave.*

Ahora la Virgen de Guadalupe avanza matando por la independencia de México.



1810
Guanajuato

El Pípila

Las tropas de Hidalgo se abren paso, en tromba, desde las breñas de los cerros, y a pedradas se descargan sobre Guanajuato. El pueblo minero se suma a la avalancha insurgente. A pesar de los estragos de la fusilería del rey, la multitud inunda las calles y el oleaje arrolla a los soldados y arremete contra el bastión del poder español: en la Alhóndiga de Granaditas, bajo las bóvedas de treinta salas, hay cinco mil fanegas de maíz y una incontable fortuna en barras de plata, oro y alhajas. Los señores de la colonia, despavoridos, se han encerrado allí con sus caudales.
En vano imploran piedad los petimetres. Hay degollina, saqueo y borrachera corrida y los indios desnudan a los muertos por ver si tienen rabo. El Pípila, obrero de las minas, es el héroe de la jornada. Dicen que él se echó a la espalda una enorme losa, atravesó como tortuga la lluvia de balas y con una tea encendida y mucha brea incendió la puerta de la Alhóndiga. Dicen que el Pípila se llama Juan José Martínez y dicen que tiene otros nombres, todos los nombres de los indios que en los socavones de Guanajuato son o han sido.

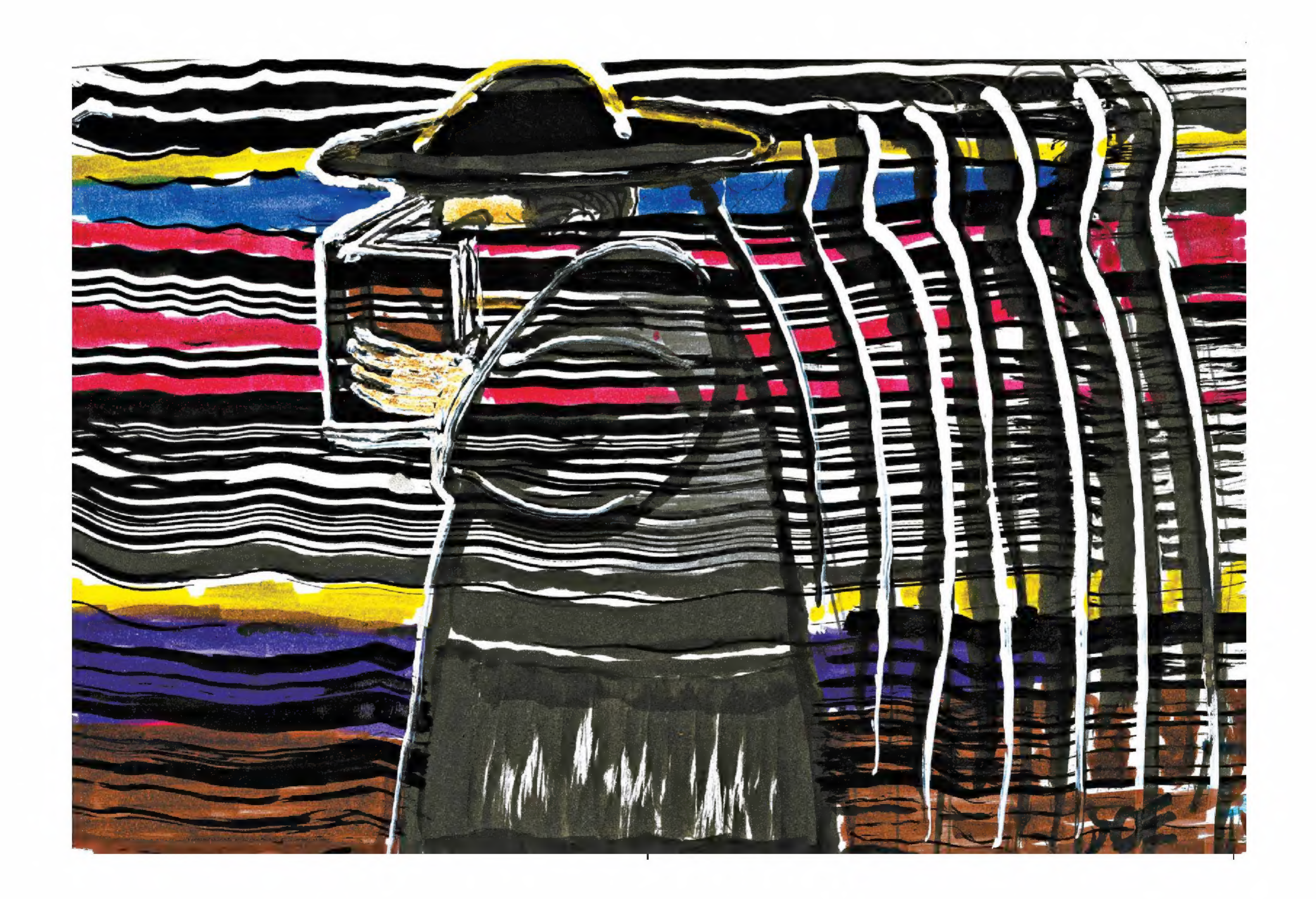
1810
Guadalajara

Hidalgo

Todo el mundo sabía, en el pueblo de Dolores, que el cura Hidalgo tenía la mala costumbre de leer mientras caminaba por las calles, las grandes alas del sombrero entre el sol y las páginas, y que de puro milagro no lo atropellaban los caballos o la Inquisición, porque más peligroso que leer era leer lo que leía. A paso lento atravesaba el cura la neblina de polvo de las calles de Dolores, siempre con algún libro francés tapándole la cara, uno de esos libros que hablan de El Contrato Social y derechos del hombre y libertades del ciudadano; y si no saludaba era por sed de ilustración y no por bruto.

El cura Hidalgo se alzó, junto a los veinte indios que con él hacían cuencos y vasijas, y al cabo de una semana fueron cincuenta mil. Entonces lo embistió la Inquisición. El Santo Oficio de México lo ha declarado *hereje, apóstata de la religión, negador de la virginidad de María, materialista, libertino, abogado de la fornicación, sedicioso, cismático y sectario de la libertad francesa.*

La Virgen de Guadalupe invade Guadalajara, a la cabeza del ejército insurgente. Miguel Hidalgo manda retirar de las paredes el retrato del rey Fernando y responde a la Inquisición decretando la abolición de la esclavitud, la confiscación de los bienes de los europeos, el fin de los tributos que pagan los indios y la devolución de las tierras de cultivo que les han usurpado.



1810
Pie de la Cuesta

Morelos

Es cura de campaña, como Hidalgo. Como Hidalgo, nació en el país de los tarascos, en las sierras de Michoacán donde el obispo Vasco de Quiroga había creado, hace dos siglos y medio, su utopía comunista –comarcas de redención después asoladas por las pestes y por el trabajo forzado de miles de indios arrojados a las minas de Guanajuato.
–*Me paso con violencia a recorrer las tierras calientes del sur.*
José María Morelos, pastor y arriero, cura de Carácuaro, se suma a la revolución. Se echa al camino con veinticinco lanzas y unas cuantas escopetas.
Tras el blanco pañuelo de seda que le ata la cabeza, va creciendo la tropa.
En busca de los indios de Atoyac, escondidos en los palmares, Morelos atraviesa el pueblito de Pie de la Cuesta.
–*¿Quién vive?*
–*¡Santo Dios!* –dicen los indios.
Morelos les habla. Desde ahora, al grito de *quién vive,* responderán *América.*





1811
Buenos Aires

Moreno

Las grandes fortunas en pocas manos, creía Mariano Moreno, son aguas estancadas que no bañan la tierra. *Para no mudar de tiranos sin destruir la tiranía,* había que expropiar los capitales parasitarios amasados en el negocio colonial. ¿Por qué buscar en Europa, al precio de desolladores intereses, el dinero que sobraba adentro? Del extranjero había que traer máquinas y semillas, en vez de pianos Stoddard y jarrones chinos. El Estado, creía Moreno, debía convertirse en el gran empresario de la nueva nación independiente. La revolución, creía, debía ser terrible y astuta, implacable con los enemigos y vigilante con los espectadores. Fugazmente tuvo el poder, o creyó que lo tenía.

–*Gracias a Dios* –suspiran los mercaderes de Buenos Aires. Mariano Moreno, *el demonio del infierno,* ha muerto en alta mar. Sus amigos French y Beruti marchan al destierro. Se dicta orden de prisión contra Castelli.

Cornelio Saavedra manda recoger los ejemplares de *El Contrato Social,* de Rousseau, que Moreno había editado y difundido; y advierte que no hay lugar para ningún Robespierre en el Río de la Plata.

1811
Buenos Aires

Castelli

Eran dos: una pluma y una voz. Un Robespierre que escribía, Mariano Moreno, y otro que hablaba. *Todos son perversos,* decía un comandante español, *pero Castelli y Moreno son perversísimos.* Juan José Castelli, el gran orador, está preso en Buenos Aires.

Usurpada por los conservadores, la revolución sacrifica a los revolucionarios. Se descargan las acusaciones: Castelli es mujeriego, borrachín, timbero y profanador de iglesias. El prisionero, agitador de indios, justiciero de pobres, vocero de la causa americana, no puede defenderse. Un cáncer le ha atacado la boca. Es preciso amputarle la lengua.

La revolución queda muda en Buenos Aires.



1811
Bogotá

Nariño

Hemos mudado de amos, escribe Antonio Nariño en Colombia.

«La Bagatela», periódico por él fundado y dirigido y redactado de cabo a rabo, no deja títere con cabeza ni prócer con pedestal. Nariño denuncia que el alzamiento patriótico de los colombianos se está convirtiendo en baile de máscaras y exige que se declare la independencia de una buena vez. También exige, voz en el desierto, que se reconozca a los humildes del derecho de voto y que tanto valga la voluntad del plebeyo desnudo como la del señor forrado en terciopelo.

Hemos mudado de amos, escribe. Hace unos meses, el pueblo invadió la Plaza Mayor de Bogotá y los hombres se llevaron preso al virrey y las mujeres arrojaron a la virreina a la cárcel para putas. El fantasma de José Antonio Galán, capitán de comuneros, embestía a la cabeza de la multitud enfurecida. Entonces se pegaron un buen susto los doctores y los obispos y los mercaderes y los dueños de tierras y de esclavos: jurando evitar a cualquier precio *los errores de los libertinos de Francia,* facilitaron a la pareja virreinal una fuga sigilosa.

Hemos mudado de amos. Gobiernan Colombia los caballeros de camisa de mucho almidón y casaca de mucho botón. *Hasta en el Cielo hay jerarquías,* predica el canónigo de la Catedral, *y ni los dedos de la mano son iguales.* Se persignan las damas inclinando una maraña de rulos, flores y cintas bajo la negra mantilla. La Junta de Notables emite sus primeros decretos. Entre otras patrióticas medidas, resuelve despojar a los despojados indios de lo único que les queda. So pretexto de liberarlos de tributos, la Junta arranca a los indios sus tierras comunales para obligarlos a servir en las grandes haciendas que ostentan un cepo en medio del patio.

Coplas del mundo al revés, para guitarra acompañada de cantor

Pintar el mundo al revés
se ha visto entre tanto yerro:
el zorro corriendo al perro
y el ladrón por tras del juez.
Para arriba van los pies,
con la boca va pisando,
el fuego al agua apagando,
el ciego enseñando letras,
los bueyes en la carreta
y el carretero tirando.

A las orillas de un hombre
estaba sentado un río,
afilando su caballo
y dando agua a su cuchillo.

1811
Chilapa

El barrigón

En México, el orden militar está venciendo al tumulto popular. Hidalgo ha sido fusilado en Chihuahua. Se dice que había renegado de sus ideas, al cabo de cuatro meses de cadenas y tormentos. La independencia depende, ahora, de las fuerzas que siguen a Morelos.
Ignacio López Rayón envía a Morelos un urgente mensaje de advertencia: *Sé de buena fuente que el virrey ha pagado a un asesino para que lo mate a usted. No puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy barrigón...*
Al alba, reventando caballos, llega el mensajero al campamento de Chilapa.
Al mediodía, el asesino viene a ofrecer sus servicios a la causa nacional. Cruzado de brazos, Morelos recibe una andanada de discursos patrios. Sin decir palabra, sienta al asesino a su diestra y lo invita a compartir su almuerzo.
Morelos mastica cada bocado durante una eternidad. Mira comer al asesino, que mira el plato.
A la noche, cenan juntos. El asesino come y habla y se atraganta. Morelos, cortés estatua, le busca los ojos.
–Tengo un mal presentimiento –dice de pronto, y espera la crispación, el crujido de la silla, y regala alivio:
–Otra vez el reuma. Lluvia.
Su mirada sombría corta la risa.
Enciende un cigarro. Estudia el humo.
El asesino no se atreve a levantarse. Tartamudea gratitudes. Morelos le acerca la cara:
–Seré curioso –dice.
Comprueba el respingo del asesino y cuenta las gotas de transpiración que le bañan la frente. Demora la pregunta:
–¿Tiene usted sueño?
Y en seguida:
–¿Me haría usted el honor de dormir a mi lado?
Se tienden, separados por una vela que agoniza sin decidirse a morir. Morelos ofrece la espalda. Respira hondo, quizás ronca. Antes del amanecer, escucha los cascos del caballo que se aleja.
A media mañana, pide al asistente el recado de escribir.
Carta para Ignacio López Rayón: *Gracias por el aviso. En este campamento, no hay más barrigón que yo.*

1811
Campos de la Banda Oriental

«Naides es más que naides»,

dicen los jinetes pastores. La tierra no puede tener dueño, porque no lo tiene el aire. No se conoce mejor techo que las estrellas, ni gloria que se compare con la libertad de vagar sin rumbo, sobre el caballo amigo, a través de la pradera ondulada como mar. Habiendo reses que voltear en campo abierto, hay casi todo. Los gauchos no comen más que carne, porque la verdura es pasto y el pasto es para las vacas. El asado se completa con tabaco y caña, y con guitarras que cantan sucedidos y milagros.
Los gauchos, *hombres sueltos* que el latifundio usa y expulsa, juntan lanzas en torno a José Artigas. Se encienden las llanuras al este del río Uruguay.



1811
Orillas del río Uruguay

El éxodo

Buenos Aires pacta con el virrey y retira las tropas que sitiaban Montevideo. José Artigas se niega a cumplir el armisticio, que devuelve su tierra a los españoles, y jura que continuará la guerra *aunque sea con los dientes, con las uñas.* Emigra el caudillo hacia el norte, a organizar el ejército de la independencia, y un pueblo disperso se une y nace en su huella. La hueste andariega junta gauchos montaraces, peones y labriegos, estancieros patriotas. Al norte marchan mujeres que curan heridos o empuñan la lanza y frailes que van bautizando, a lo largo de la marcha, soldados recién nacidos. Eligen la intemperie los bien abrigados y el peligro los tranquilos. Marchan al norte maestros de letras y maestros del cuchillo, doctores de palabra fácil y cavilosos matreros que deben alguna muerte. Marchan sacamuelas y manosantas, desertores de barcos y fortines, esclavos fugados. Los indios queman sus tolderías y se agregan con flechas y boleadoras.
Al norte va la larga caravana de carretas y caballos y gentes de a pie. A su paso se despuebla, queriendo patria, la tierra que se llamará Uruguay. Ella misma se va con sus hijos, se va en ellos, y atrás no queda nada. Ni siquiera ceniza, ni siquiera silencio.

1812
Cochabamba

Mujeres

En Cochabamba, muchos hombres han huido. Mujeres, ninguna. En la colina, resuena el clamoreo. Las plebeyas cochabambinas, acorraladas, pelean desde el centro de un círculo de fuego. Cercadas por cinco mil españoles, resisten disparando rotosos cañones de estaño y unos pocos arcabuces; y combaten hasta el último alarido.
La larga guerra de la independencia recogerá los ecos. Cuando la tropa afloje, el general Manuel Belgrano gritará las palabras infalibles para devolver templanzas y disparar corajes. El general preguntará a los soldados vacilantes: *¿Están aquí las mujeres de Cochabamba?*

1812
Caracas

Bolívar

Un terremoto arrasa Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida. Son las ciudades venezolanas que han proclamado la independencia. En Caracas, centro de la insurrección criolla, diez mil muertos yacen bajo los escombros. No se escuchan más que letanías y maldiciones mientras la multitud busca cuerpos entre las piedras.

¿Será Dios español? El terremoto se ha tragado el patíbulo alzado por los patriotas y no ha dejado en pie ninguna de las iglesias que habían cantado el Tedéum en honor de la naciente república. En la arrasada iglesia de las Mercedes, se alza intacta la columna que luce el blasón imperial de España. Coro, Maracaibo, Valencia y Angostura, ciudades leales al rey, no han sufrido ni un rasguño.

En Caracas, arde el aire. Desde las ruinas se levanta un polvo espeso, que para la mirada. Un monje arenga al gentío. Proclama el monje que Dios ya no aguanta que le tomen el pelo.

–*¡Venganza!*

La multitud se apiña a su alrededor, en lo que era el convento de San Jacinto. Encaramado sobre los restos del altar, el monje exige el castigo de los culpables de la ira de Dios.

–*¡Venganza!* –ruge el azote de Cristo, y su dedo acusador señala a un oficial patriota que, cruzado de brazos, contempla la escena. La multitud se vuelve contra el oficial, corto, huesudo, de brillante uniforme, y avanza para aplastarlo. Simón Bolívar no suplica ni retrocede: embiste. Sable en mano atraviesa la furia, trepa al altar y voltea al apocalíptico fraile de un planazo.

El pueblo, mudo, se dispersa.

1813
Chilpancingo

La independencia es revolución o mentira

En tres campañas militares, Morelos ha ganado buena parte del territorio mexicano. El Congreso de la futura república, Congreso errante, peregrina tras el caudillo. Los diputados duermen en el suelo y comen ración de soldados.

A la luz de un velón de sebo, Morelos redacta las bases de la Constitución nacional. Propone una América libre, independiente y católica; sustituye los tributos de los indios por el impuesto a la renta y aumenta el jornal del pobre; confisca los bienes del enemigo; establece la libertad de comercio, pero con barreras aduaneras; suprime la esclavitud y la tortura y liquida el régimen de castas, que funda las diferencias sociales en el color de la piel, de modo que *sólo distinguirán a un americano de otro, el vicio y la virtud.*

Los criollos ricos van de susto en susto. Las tropas de Morelos marchan expropiando fortunas y dividiendo haciendas. ¿Guerra contra España o levantamiento de los siervos? Esta independencia no les conviene. Ellos harán otra.